

Bernadette Soubirous encuentros con el amor

M.^a Mercedes Álvarez Pérez



Directora de la colección: Mercedes Álvarez

© 2007, by Mercedes Álvarez y Editorial Casals, S. A.

Tel. 902 107 007

www.editorialcasals.com

www.bambulector.com

Diseño de cubierta: Bassa & Trias

Fotografías: ACI, AISA, ALBUM, Corbis-Cordon Press, Sanctuaires Notre-Dame de Lourdes / EURL Basilique Rosaire y Mercedes Álvarez

Ilustraciones: Farrés, il·lustració editorial

Segunda edición: junio de 2011

ISBN: 978-84-218-4805-0

Depósito legal: M-22.927-2011

Printed in Spain

Impreso en Anzos, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.con-licencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1	La gruta de Massabielle	3
2	Amanece en la cárcel	9
3	Las fantasías de Bernadette	15
4	La cita de la señora	21
5	Las autoridades se enfurecen	29
6	El manantial de la gruta	35
7	Las primeras curaciones	41
8	«Soy la Inmaculada Concepción»	47
9	La empalizada	53
10	La comisión de investigación	57
11	El último encuentro	61
12	El complot se disuelve	67
13	El obispo interviene	71
14	Una boda y una decisión	77
15	Bernadette se despide	83
16	Marie Bernarde	89
17	Dolores y risas	95
18	El descubrimiento	101
19	La señora vuelve	105
Epílogo:		
	Cuerpo incorrupto	111
	Las curaciones de Lourdes	113
	Cronología	114

La gruta de Massabielle

Era una mañana triste y gris, ese jueves 11 de febrero de 1858. Lloviznaba, con un agua helada que calaba hasta los huesos. Pero eso no parecía importar a las tres adolescentes, Bernadette, Marie y Jeanne, que se deslizaban a toda prisa entre los molinos y las piedras para llegar cerca del río, donde podrían encontrar leña suelta arrastrada por el agua. Las niñas se acercaron a la orilla del pequeño arroyo Savy, donde está el molino de los Nicolau, unos buenos vecinos. El Savy desemboca en el río Gave, que atraviesa la montañosa ciudad de Lourdes¹, y viene muy crecido por las lluvias. Desde allí divisaron, al otro lado del arroyo, un montón de ramas que podrían recoger fácilmente. Enfrente está la cueva de Massabielle², un lugar oscuro y lleno de

1. Lourdes está situada al sur de Francia, a orillas del río Gave, al pie de los Pirineos. A mediados del siglo XIX era una población media de campesinos, muchos de los cuales poseían molinos a orillas de los numerosos arroyos que desembocan en el Gave. Actualmente, es uno de los más importantes centros religiosos de peregrinación de Europa. Tiene alrededor de veinte mil habitantes.

2. La palabra *Massabielle* es una deformación en el dialecto de Lourdes del francés *Massevieille* ('viejo macizo').

excrementos del ganado que pasta por allí. No les gusta nada ese lugar, porque tiene mala fama y les da miedo.

—¡Esperadme, por favor, no puedo más! —grita suplicante Bernadette a su hermana Marie y a su amiga Jeanne Abadie.

Se ahoga por el asma, pero no quiere quedarse atrás. Por fin las alcanza. Las otras dos niñas están descalzándose en la orilla del arroyo.

—No iréis a pasar al otro lado, ¿no? —dice Bernadette, alarmada—. El agua debe de estar helada...

—Pues, ¿cómo quieres que recojamos la leña, si no? —contesta Marie—. Tú espéranos aquí. Mamá te ha dejado venir con nosotras con la condición de que no te canses demasiado. Si se entera de que te mojas, no sólo te reñirá a ti, sino que me castigará también a mí.

—Bueno, pero no tardéis. No me gusta quedarme aquí sola...

Marie y Jeanne, dando gritos a causa del frío que les causa el agua helada que les llega hasta las rodillas, atraviesan el Savy. Para recoger la leña han de rodear la cueva. Mientras tanto, Bernadette se sienta en una piedra y se ajusta su caperuza blanca para refugiarse de la fina llovizna. Pero, de pronto, decide que se va también con las otras. No quiere permanecer allí sola. Tiene Massabielle justo enfrente y se cuentan historias horripilantes de fantasmas y espectros, que inoportunamente recuerda ahora. Si pasa por unas piedras grandes que hay en el riachuelo, es posible que ni se moje. Así que comienza a quitarse los zuecos y las toscas medias de lana para unirse a sus compañeras.

Mientras, piensa con tristeza en las cosas que le han pasado en el colegio esa mañana. No sabe si va a poder hacer su Primera Comunión ese año. Y eso que tiene ya catorce años³. Le han preguntado en clase de Catecismo sobre la Santísima Trinidad y no ha sabido responder. Sor Marie-Thérèse Vauzou, la profesora, la ha reñido duramente delante de sus compañeras y le ha reprochado su ignorancia. Le ha dicho que hasta que no se prepare mejor no va a poder hacer la Primera Comunión. Bernadette se entristece, porque suele estar enferma de asma con frecuencia y, además, al ser la mayor de cuatro hermanos, muchas veces tiene que ayudar a su madre y cuidar de los pequeños, por lo que no puede ir con normalidad a clase de Catecismo ni a la escuela.

Estando en estos pensamientos, de repente nota un golpe de viento. Pero, qué raro, las ramas de los árboles no se mueven y ha dejado de lloviznar. Termina de descalzarse y en ese momento nota que otro golpe de viento mueve un rosal silvestre que hay al fondo de la gruta, pero el resto permanece quieto. Hay una extraña atmósfera y Bernadette, inquieta, se levanta para salir de allí.

Entonces, una resplandeciente luz dorada, como si saliera de un hueco un poco elevado de la pared rocosa, sobre el rosal silvestre, ilumina una figura humana. Muerta de miedo, instintivamente se lleva la mano al bolsillo,

3. En esa época, tiempos del papa Pío IX, era costumbre hacer la Primera Comunión entre los doce y los catorce años. Esto cambió con su sucesor, san Pío X, que en 1910 adelantó la edad a los siete años, por considerarla el inicio de la vida moral.

donde tiene su viejo rosario negro, lo aprieta y se queda como paralizada sin poder quitar la vista de la presencia dorada.

Pero observa que la aparición es una muchacha bellísima, toda vestida de blanco, que le sonrío con gran dulzura. Puede fijarse en los rasgos de la señora. ¡Es de carne y hueso! No es transparente ni se trata de un espectro. Su pelo castaño, que se mece por el aire, está cubierto por un velo de tul hasta el borde de la túnica. Tiene los ojos azules y la piel se le enrojece un poco por el intenso y cortante frío del Pirineo. La túnica blanca es un vestido de rico tejido, parece de seda o terciopelo. Tiene ceñida su esbelta cintura por una faja de tela de un precioso color azul celeste. Y, lo más curioso de todo, va descalza, y en sus pequeños y finos pies, muy blancos, descansa una rosa dorada.

Al ver tanta belleza, Bernadette deja de tener miedo. La figura le hace señas amistosas para que se acerque. Bernadette lo hace, se inclina con una reverencia, como le han enseñado en el colegio que se debe hacer ante las personas importantes, y luego instintivamente cae de rodillas. La señora traza pausadamente una cruz grande sobre toda su cara y la niña repite este gesto. Lleva también un rosario de perlas y acompaña muy complacida a la niña en el rezo del rosario, pasando las cuentas, aunque sin mover los labios.

¡Qué hermosa es! ¡Qué bien se está allí! Mientras reza en voz alta, Bernadette no se da cuenta de lo que pasa a su alrededor, sólo que se siente envuelta en un amor muy intenso, se siente muy querida por esa señora que la mira con tanto cariño, lo que la hace inmensamente feliz. Se le

ha pasado el frío y siente una dulce y gozosa sensación de bienestar como nunca ha experimentado.

Al cabo de unos minutos, su hermana y su amiga regresan ya con la leña, y la llaman con insistencia desde la otra orilla:

—¿Qué le pasa a Bernadette, que no contesta ni nos mira?

—No sé, Jeanne, ¿se habrá muerto? Está muy pálida. ¡Ay, Dios mío, yo creo que se ha muerto!

Marie comienza a llorar.

—Pero, ¿cómo va a estar muerta, si está de rodillas? Ningún muerto está en esa postura, ¡tonta...!

Bernadette parece que reacciona. Se levanta sin dejar de mirar hacia el hueco donde estaba la señora y luego mira a sus compañeras como extrañada. Un estremecimiento de malestar y de frío la recorre.

—Se ha ido... —murmura con un hilo de voz.

—¿Quién se ha ido? ¿Con quién estabas?

—No, nada, nada. Vamos a casa.

Para volver por el camino más corto, Bernadette ha de cruzar el arroyo. Lo hace ahora sin importarle la frialdad del agua. Todavía está bajo los efectos de la fuerte impresión recibida.

—¡Nos has dado un susto de muerte! —la riñe su hermana—. ¿Por qué no nos contestabas?

—No os oía, de verdad...

Comienzan a andar camino a casa, cargadas con la leña. Bernadette está absorta y no abre la boca en todo el camino. Está pensando en la señora, en quién podría ser. Jeanne y Marie se dan cuenta:

—A ti te pasa algo... Cuéntanos, que te guardamos el secreto.

—¿Me juráis que no vais a decir nada a nadie?

—No juramos porque es pecado. Pero te prometemos que no abriremos la boca.

—¿No habéis visto nada raro en Massabielle? —les pregunta Bernadette.

—No, nada. Estabas ahí mirando fijamente, como una boba...

—Pues es que he visto a una señorita bellísima llena de luz.

—¿A una señorita? ¿Es de por aquí?

—No, no. No la había visto nunca. No sé quién es. Iba toda vestida de blanco, parecía una novia, con un cinturón azul en la cintura y una rosa dorada en cada pie. ¿No la habéis visto vosotras?

—No. A lo mejor es un hada —dicen las niñas, muy extrañadas.

Pero, una vez en casa, Marie no puede guardar el secreto. Todo comienza ahora.

Amanece en la cárcel



En casa de Bernadette, un vulgar calabozo abandonado, ese día, 11 de febrero, ha amanecido como cualquier otro, vacío de esperanza y de trabajo para el padre, François Soubirous. Él ha sido un buen molinero, uno de los mejores de la comarca. Vivía con su familia honradamente, ganándose bien el sustento. Pero ¿qué había pasado? El arroyo que movía el molino Boly se secó y no hubo manera de salir adelante. Las cosechas de cereales se arruinaron y tuvieron que abandonar el molino para no morir de hambre. Soubirous se dedicó a lo único que podía hacer: ofrecerse como bracero cada día en lo que fuera surgiendo. El día que encontraba trabajo estaba de suerte: ganaba unas míseras monedas, con las que podían comprar harina y aceite. Pero muchos otros días no había nada.

Los tiempos eran difíciles para los pobres, que pasaban hambre. Y el trabajo escaseaba.

François se casó con Louise Casterot el 9 de enero de 1843. Louise era la menor de las cuatro hijas de un molinero de la zona. La más guapa, rubia y de ojos azules. Y al año siguiente, el 7 de enero, nacía la primogénita, Bernadette, nombre que le pusieron en honor a su madrina, Bernarde, hermana mayor de Louise.

Comenzaba a amanecer y François tenía que salir temprano a buscar algo. Aquella sórdida habitación de pocos metros cuadrados lo ahogaba. Olía mal y rezumaba humedad. El suelo de piedra era gélido. Pasaban mucho frío en invierno y un calor sofocante en verano. Eran los bajos de la antigua cárcel, propiedad de un primo suyo, André Sajous, que habían cerrado precisamente por su insalubridad. Por los ventanucos con rejas podía ver la basura que se amontonaba en el patio mugriento... Pero, al buscar alojamiento para su numerosa familia, era lo único que había encontrado. Y ya llevaban allí más de un año. Tenía que darse prisa, las campanas de la iglesia habían dado las seis y pronto habría luz.

Bernadette empezó de nuevo a toser. Era la consecuencia de la enfermedad del cólera que, unos años antes, casi acabó con ella y de la que murió su abuela materna. Louise se levantó enseguida, la arropó y fue a atizar un poco las brasas de la chimenea. ¡Vaya, ya casi no quedaba leña y hacía un frío tremendo!

—Otra vez la niña... Se ha pasado la noche tosiendo. Esa asma va a terminar con ella —comenta Soubirous con cansancio.

—El asma, no —dice la madre—. Lo que va a terminar con ella es esta maldita habitación, si no nos vamos pronto. No se puede vivir aquí. ¿Por qué no la enviamos de nuevo con mi hermana Bernarde o a Bartrès?

François Soubirous se queda pensativo. Sería una boca menos que alimentar... Ahora, la familia la componen seis personas. El matrimonio y los cuatro hijos que le quedan de nueve. Los otros han ido muriendo muy pequeños. Ber-

nadette es ahora la mayor, de catorce años, luego está Marie, de doce, y los pequeños, Jean-Marie y Justin, de siete y seis años, respectivamente.

François no quiere mandar lejos de nuevo a su hija. Pero, ante la ruina reciente del padre, vendría bien que hubiera una boca menos entre los Soubirous.

Y es que, cuando apenas tenía unos meses, la madre tuvo que dejar de darle el pecho porque sufrió una grave quemadura mientras atizaba el fuego del hogar. Le saltó un ascua al corpiño, que ardió. Hubo que buscar de prisa y corriendo un ama de cría que no cobrase mucho. Y la encontraron en Bartrès, pueblo al noreste de Lourdes. Marie Lagües, que así se llamaba, acababa de perder a su hijo pequeño y aún tenía leche. Ella amamantó a la pequeña durante varios meses. Después de la epidemia de cólera de 1855, que alcanzó a Bernadette, la trasladaron de nuevo a Bartrès para que se recuperara; allí ayudaba a la señora Lagües en las tareas de la casa y hacía de pastora guardando las cabras, ocupación que le gustaba mucho. Adoraba a un perrito, que la acompañaba a guardar las cabras y la seguía a todas partes.

Desde muy pequeña aprendió a trabajar duramente pasando penalidades. Cuando volvió con su familia, tuvo que trabajar también como sirvienta en casa de su tía Bernarde, porque hubo años de malas cosechas y el hambre se abatió sobre la comarca. Eso le impidió ir al colegio con regularidad. Por eso, Bernadette apenas sabía leer y escribir, y tampoco hablaba francés, sólo *patois*, como era conocida el habla de la zona. De todas formas, la niña no tenía mucha facilidad para las letras.

—Eres una torpe —le decían con frecuencia—. No comprendes ni aprendes nada. Así no vas a poder hacer gran cosa en la vida.

Dando un suspiro, Soubirous vuelve de estos pensamientos y contesta a su mujer que ya se verá qué hacen con Bernadette. Se viste de prisa y, con el estómago vacío y calándose la gorra, sale a la calle. Encontrar trabajo para la jornada es lo único que le preocupa en ese momento. Irá a la panadería de Maisongrosse a ver si le dan alguna ocupación.

La madre se queda sola, pensando qué van a comer sus hijos ese día. Si no encuentra trabajo su marido... No les queda nada, sólo unas cuantas zanahorias. Piensa en Bernadette, su hija predilecta. Aunque su salud es muy delicada, tiene una gran fuerza de voluntad. Y es guapa, sus facciones afeitadas son muy agradables; sus ojos son oscuros y sinceros, y su cabello es negro y abundante. Su carácter es apacible y es muy trabajadora. En pocos años se casará y tendrá hijos. ¡Ojalá tenga más suerte que ella! Aunque Louise se casó con François por amor, la buena posición es también importante en esta vida. Ella cuidará de que encuentre un buen marido. En ese momento recuerda al chico de los Nicolau, Antoine. Es un guapo mozo, trabajador y de buen corazón. Y parece que mira con simpatía a Bernadette...

En ese momento se despiertan los niños, y Bernadette y Marie se ofrecen para ir a buscar leña. Louise se niega por la mala noche que ha pasado Bernadette.

—Por favor, mamá, déjame ir. Si me pongo las medias y la caperuza no me enfriaré. Así podremos traer más cantidad de leña.

La convencen por fin y salen envueltas en sus mantos. En la calle se une a ellas Jeanne, la chica más lista de la clase, pero también la más vanidosa.

Ya amanece ese 11 de febrero de 1858 que marcará la vida de Bernadette para siempre.